







LA CASA EN LLAMAS

CHAI EDITORA

Ann Beattie

LA CASA EN LLAMAS

Traducción de VIRGINIA HIGA

Colección dirigida por FEDERICO FALCO

Beattie, Ann

La casa en llamas
/ Ann Beattie

1a ed.- Ciudad Autónoma de
Buenos Aires
Chai Editora, 2022.

248 p. ; 21 x 14 cm. - (Colección
Cuentos / Federico Falco)

Traducción de: Virginia Higa
ISBN 978-987-48567-0-8

Austria 1840 depto V.
(C1425EGD)
Ciudad de Buenos Aires,
Argentina
www.chaieditora.com



1. Literatura.
2. Narrativa Estadounidense.
I. Higa, Virginia, trad. II. Título.
CDD 813

Título original
The New Yorker Stories

© Del texto, Ann Beattie, 2010

© De esta edición, Chai Editora,
2022

© De la traducción, Virginia Higa,
2022

Diseño de tapa
Ese Estudio

Foto de tapa
Santo Bubis

Diseño del interior
Gonzalo Segura

Primera edición
Junio de 2022
Primera reimpresión
Agosto de 2022

ISBN: 978-987-48567-0-8
Hecho el depósito que marca la ley
11.273

Para Lincoln

Martes por la noche

Henry tenía que traer a la niña a las seis en punto, pero por lo general no llegaban antes de las ocho u ocho y media, y Joanna, exhausta, se quejaba de que no quería irse a la cama al segundo de entrar en la casa. Henry le había enseñado esa expresión. “Al segundo de entrar en la casa” era algo que yo había dicho una vez, y él la repetía burlándose de mí y poniéndose de su lado.

—Dale un segundo a la pobre chica antes de irse a la cama. Acaba de entrar.

Desde luego, la pobre chica está loca por Henry. Él le permite que lo llame así en lugar de “papá”. Y últimamente la lleva a comer a un restaurante francés que a ella le encanta, que no abre hasta las cinco y media. Eso significa que vuelve a casa a eso de las ocho. Soy un monstruo si no le permito comer caracoles. Y sería cruel contarle que los pagos de la cuota alimentaria de su padre fluctúan muchísimo mientras que las cenas francesas se mantienen constantes. Sin entrar en el tema del dinero, Henry ha sido un buen padre. La visita todos los martes por la noche, les saca punta a los crayones con mucho cuidado y se la lleva cada fin de semana por medio. Lo único malo que hizo —e incluso Henry estuvo de acuerdo en eso— fue presentarle a la novia con la que vivía justo después del divorcio: una mujer detestable que le enseñó a Joanna a cantar “I’m a Woman” de Peggy Lee. *Cause I’m a woman! W-O-M-A-N*. Por suerte no se acordaba de la mayor parte de la letra, pero yo pensé que iba a volverme loca durante las dos semanas en que dio vueltas por la casa cantando *Doubleyou oh oh em ay en*. A veces la

chica le ponía una flor recién cortada en el pelo y aclaraba: como Maria Muldaur. La niña tenía el buen tino de sentirse avergonzada.

Los hombres que conozco son muy amistosos entre ellos. La semana pasada, cuando Henry estuvo en casa, ayudó a Dan, que vive conmigo, a cargar una biblioteca por las escaleras angostas y empinadas hasta el segundo piso. Henry y Dan conversan sobre nutrición, el interés actual de Dan. Mi hermano Bobby, la única persona que conozco que a los veintiséis años está seriamente interesada en los alucinógenos, hace el ridículo frente a Harry sin problema cuando saca su yo-yo verde, que brilla gracias al milagro de dos baterías internas. Dan le dice a Bobby que si va a consumir drogas, que trate de administrarle vitaminas a su cuerpo antes y después. Los tres me hacen las compras de Navidad. El año pasado cenaron en un restaurante italiano del centro. Le pregunté a Dan qué habían pedido y me dijo:

—Ah, todos pedimos manicotti.

Yo he estado subsistiendo a base de té de hierbas y sandía, tratando de perder peso. Dan, Henry y Bobby son delgados. Joanna heredó la contextura de su padre. Es esbelta y grácil, con unos rasgos cincelados que humillarían a Marisa Berenson. Tiene diez años. Ayer, cuando fui al lavadero a retirar la ropa, una mujer me confundió desde atrás con una tal prima Addie.

En la clase de Joanna en la escuela están hablando sobre los problemas del medio ambiente. Ella quiere llevar nuestra gran planta de palta a la escuela. He tratado de explicarle pacientemente que la planta no tiene nada que ver con los problemas del medio ambiente. Ella dice que también hablan sobre la naturaleza.

—¿Cuál es el problema? —dice Dan. Luego se va a trabajar y me deja con la tarea de meter la imponente planta de palta en el Audi. También me embaucan para hornear galletas para que Joanna las lleve al colegio y las comparta en su festejo de cumpleaños. Me dice que la costumbre es poner las galletas en una caja forrada con papel de regalo. Elegimos un papel con osos amarillos sobre círculos concéntricos. Dan le pone

salvado a la masa de galletas con chispas de chocolate. Me prohíbe usar colorante rojo para las galletas de corazones.

Una mañana viene mi amiga Dianne y mira con desprecio mi té de hierbas. A veces se da un baño aquí porque le encanta nuestra ducha.

—¿Cómo es que no estás ahí dentro todo el tiempo? —dice. A mi hermano le gusta. La encuentra extremadamente atractiva. Me preguntó si había notado las gotitas de agua de la ducha sobre su frente, justo en la línea del pelo. Bobby le presta dinero porque su marido no le da lo suficiente. Sé con certeza que Dianne está pensando en tener un amorío con él.

Dan tiene que trabajar hasta tarde en la oficina los martes por la noche, y hace un tiempo decidí que quería una noche para mí sola todas las semanas: una noche sin ninguno de ellos. Dianne dijo “sé a qué te refieres”, pero Bobby se ofendió mucho y no vino de visita esa noche ni ninguna otra por dos semanas. Joanna estaba encantada de que Dianne la recogiera del colegio en su Mustang 1966 descapotable, y de estar un rato en su casa hasta que Henry pasara a buscarla.

Dan, que se la pasa diciendo que nuestra relación se está poniendo agria —aunque no es cierto— frunció los labios y asintió cuando le conté sobre los martes por la noche, pero no dijo nada. La primera noche que estuve sola leí una revista que hacía rato estaba dando vueltas por la casa. Luego me quité toda la ropa y me miré en el espejo del pasillo y decidí ponerme a dieta, así que me salté la cena. Hice una llamada de larga distancia a una amiga en California que acaba de tener un bebé. Hablamos de las arañitas en sus muslos, y le juré una y otra vez que desaparecerían. Luego tomé una de cada una de las pastillas de vitaminas que tenemos en la casa.

A la semana siguiente, me había preparado para mi tiempo libre. Había comprado harina integral y miel de trébol, y había horneado cuatro hogazas de pan integral. Hice la base de una tarta poniendo la masa en el lavamanos y estirándola ahí, lo cual tenía mucho sentido,

aunque nunca dejaría que nadie me viera hacerlo. Luego leí una Vogue. Más tarde saqué el libro de yoga que había comprado esa tarde y lo puse en el atril de plástico para libros de cocina, lo apoyé en el piso y lo miraba mientras trataba de hacer las posturas. Cociné de más la base de la tarta y se quemó. Me deprimí y me tomé un Drambuie. La semana siguiente, me aventuré a salir. Fui a ver una película y después me compré un milkshake de chocolate. Me senté a tomarlo en el mostrador de la farmacia. Mientras estaba ahí pensé en renovar la receta de las pastillas anticonceptivas, pero decidí que sería deprimente.

Ahora Joanna duerme en el departamento de su padre los martes por la noche. Como Henry considera que es demasiado grande como para leerle cuentos de hadas antes de dormir, baila vales con ella. Ella usa un camisón largo y un par de zapatos de taco alto que dejó ahí alguna mujer. Dice que él suele poner “El Danubio azul” pero a veces bromea y pone “Idiot Wind” o “Forever Young” y se agachan y hacen piruetas. Ella ha insinuado que le gustaría tomar clases de baile. La semana pasada bailó por el living de casa con su palo saltarín. Se lo había regalado Dan, diciéndole que ahora tenía un compañero, y que le haría ahorrar dinero ya que no tendría que pagar por las clases de baile. Le dijo que si tenía alguna pregunta, podía hacérsela a él. Le dijo que podía llamarlo “señor Daniel”. Ella se enfadó. Si fuera la hija de Dan, estoy segura de que él seguiría leyéndole cuentos de hadas.

Otro martes por la noche salí y compré plantas. Usé mi tarjeta American Express y compré plantas por setenta dólares y algunos ganchos para colgarlas. La mujer de la tienda me ayudó a llevar las cajas hasta el auto. Manejé a casa y clavé clavos sobre las ventanas y colgué las plantas. Todavía no hace falta regarlas, pero sostuve la regadera de plástico sobre ellas, para ver cómo sería hacerlo. Apreté el recipiente de plástico y miré el tubo curvo que salía de ella. Luego me hice una máscara facial con claras de huevo.

Hay un ratón. Lo vi primero en la cocina: un ratoncito gris, deambulando por ahí, tomándose su tiempo para ir desde debajo de la mesada hasta la parte de atrás del horno. Hice que Dan sellara la ratonera que está ahí atrás. Luego volví a verlo debajo de la cajonera del salón.

—Es un ratón. Un ratoncito —dijo Dan—. Déjalo en paz.

—Todo el mundo sabe que cuando hay un ratón, hay más —dije—. Tenemos que deshacernos de ellos.

Dan, el humanista, estaba secretamente contento de que el ratón hubiese reaparecido, de no haberle causado ningún daño al sellar su hogar.

—A mí me pareció que era el mismo ratón —dijo Henry.

—Son todos iguales —dije yo—. Eso no significa...

—Pobrecito —dijo Dan.

—¿Alguno va a poner las trampas o tendré que hacerlo yo?

—Tendrás que hacerlo tú —dijo Dan—. Yo no lo soporto. No quiero matar un ratón.

—Creo que hay un solo ratón —dijo Henry.

Fulminándolos con la mirada, fui a la cocina y saqué las trampas para ratones de sus paquetes de celofán. Las miré con lágrimas en los ojos. No sabía cómo colocarlas. Dan y Henry me habían hecho parecer una asesina a sangre fría.

—Quizás se vaya solo —dijo Dan.

—No seas ridículo, Dan —dije yo—. Si no vas a ayudar, al menos no estés ahí sentado riéndote con Henry.

—No nos estamos riendo —dijo Henry.

—Ustedes sí que son amigotes.

—¿Ahora cuál es el problema? ¿Quieres que nos odiamos? —dijo Henry.

—No sé colocar una trampa para ratones —dije—. No puedo hacerlo sola.

—Pobre mami —dijo Joanna. Estaba en el pasillo, fuera del salón, escuchando. Estuve a punto de volverme hacia ella y decirle que no

fuera sarcástica, cuando me di cuenta de que hablaba en serio. Sentía pena por mí. Con alguien de mi lado, sentí un nuevo coraje para volver a la cocina y encarar el problema de las trampas.

Llamó Dianne y dijo que le había pedido a su esposo si podía salir una noche a la semana para que ella pudiera salir con amigos o quedarse sola en casa. Él dijo que no, pero accedió a tomar clases de vitral con ella.

El martes llovió. Me quedé en casa a soñar despierta, a recordar el pasado. Pensé en el chico con el que salí en mi último año de la secundaria, que los fines de semana solía llevarme al campo donde vivían unos primos suyos.

Me preguntaba por qué siempre iba ahí, ya que nunca nos acercábamos a la casa. Él manejaba hasta la mitad del largo camino de entrada en el bosque y luego paraba en una callecita angosta que a veces usaban los camiones cuando talaban los árboles de la propiedad. Estacionábamos en la callecita y nos besuqueábamos. A veces él manejaba despacio por las calles de campo buscando conejos, y cuando veíamos uno, cosa que sucedía bastante seguido —a menudo dos o tres conejos juntos— él pisaba el acelerador, tratando de perseguirlo. El auto no tenía radio. Él tenía una radio portátil que solo sintonizaba dos emisoras (soul y música clásica) y yo la llevaba en el regazo. A él le gustaba el volumen bien alto.

Joanna viene a mi cuarto y anuncia que el Tío Bobby está al teléfono.
—Tengo un perro —dice.
—¿De qué tipo?
—¿No estás sorprendida?
—Sí. ¿De dónde lo sacaste?
—Un tipo al que conocía de la universidad va a ir a la cárcel y me convenció de que me llevara al perro.
—¿Por qué va a la cárcel?

—Robo.

—Joanna —digo—, no te quedes ahí mirándome mientras hablo por teléfono.

—Robó una casa —dice Bobby.

—¿Qué clase de perro es? —pregunto.

—Malamute y pastor alemán. Está en celo.

—Bueno —digo—, siempre quisiste un perro.

—Siempre te llamo y tú nunca me llamas —dice Bobby.

—Nunca tengo noticias interesantes.

—Podrías llamarme y contarme lo que haces los martes por la noche.

—Nada demasiado interesante —digo.

—Podrías ir a un bar y tomar tragos de ron y llorar —dice Bobby. Se ríe.

—¿Estás fumado? —le pregunto.

—Claro que sí. Llegué del trabajo hace una hora y media. Me comí una pizza, fumé un poquito.

—¿De verdad tienes un perro? —le pregunto.

—Si fueras un perro macho no tendrías ninguna duda.

—Siempre eres más listo que yo. Es difícil hablar contigo por teléfono, Bobby.

—Es difícil ser yo —dice Bobby. Un silencio—. No estoy seguro de caerle bien a la perra.

—Tráela. A Joanna le encantará.

—Pasaré con ella el martes por la noche —dice.

—¿Por qué te resulta tan interesante que yo tenga una noche a la semana para mí sola?

—Hagas lo que hagas —dice Bobby—, no robes una casa.

Cortamos, y le cuento la noticia a Joanna.

—Me gritaste —dice ella.

—No lo hice. Te pedí que no te quedaras ahí parada mirándome mientras hablaba por teléfono.

—Subiste la voz —dice.
Pronto será martes por la noche.

Joanna me pregunta con recelo qué hago los martes por la noche.

—¿Qué dice tu padre que hago? —le pregunto.

—Dice que no sabe.

—¿Parece curioso?

—Es difícil saberlo —dice ella.

Como obtuve mi respuesta, me olvidé de su pregunta.

—Bueno, ¿y qué cosas haces? —dice ella.

—A veces te gusta jugar en tu carpa —digo, a la defensiva—. Bueno, a veces también me gusta tener un poco de tiempo para hacer lo que quiero hacer, Joanna.

—Está bien —dice. Suena como una adulta calmando a una niña.

Tengo que aceptar el hecho de que no hago gran cosa los martes, y que una sola noche por semana no hace que vivir conmigo sea menos tenso ni más agradable. Le digo esto a Dan, como si fuera su culpa.

—Creo que nunca quisiste divorciarte de Henry —dice Dan.

—Oh, Dan, sí quería.

—Ustedes dos parecen llevarse bien.

—Pero peleábamos. No nos llevábamos bien.

Me mira.

—Oh —dice. Está siendo extremadamente amable conmigo por la escena que armé cuando un ratón quedó atrapado en una de las trampas. La trampa no lo mató. Solo lo sujetó de la pata, y Dan tuvo que matarlo a golpes con un destornillador.

—Tal vez te gustaría que los dos hiciéramos algo juntos los martes por la noche —dice ahora—. Tal vez podría cambiar la noche de mis reuniones.

—Gracias —digo—. Quizás tendría que pasar un poco más de tiempo.

—Depende de ti —dice—. Supongo que no ha habido tiempo suficiente como para decidir.

Extremadamente amable. Deferente. Hace mucho que viene diciendo que nuestra relación se está agriando, y ahora debe haberse vuelto tan agria para él que ni siquiera quiere pelear. ¿Qué quiere?

—Tal vez tú quieras una noche... —empiezo a decir.

—Al diablo con eso —dice—. Si voy a pasar tanto tiempo solo no veo el sentido de vivir juntos.

Odio las peleas. Al día siguiente me pongo a llorar y voy a lo de Dianne. Ella termina surgiéndome sutilmente que tome clases de vital. Bebemos jerez y vuelvo manejando a casa. Lo último que quiero es cruzarme con su esposo, que me llama “la ardilla” a mis espaldas. Dianne dice que cuando la llamo y atiende él, le hace saber que soy yo inflando las mejillas como una ardilla.

A la noche, Dan y yo nos sentamos a ambos lados de la cama con dosel de Joanna para darle las buenas noches. La tela encima de la cama es de nylon blanco con estrellitas fruncidas. Ella está lista para dormirse. Ni bien se duerma, Dan estará listo para hablarme. Dan ha apagado la lamparita que hay junto a la cama de Joanna. Salgo del dormitorio antes que él y busco a tientas la luz del pasillo. Recuerdo que Henry me dijo, como una forma de empezar a hablar del divorcio, que una mañana, yendo a trabajar, había conducido por una colina y se había quedado asombrado cuando en la cima vio un enorme árbol amarillo y se dio cuenta, por primera vez, de que era otoño.

(1977)

